

Gracias por tomarte el tiempo de leer este librito.

Como verás, este no es un tratado típico acerca del Evangelio. No sólo hay unas cuantas verdades básicas que deben creerse. El cristianismo es uno que abarca todas las verdades de la fe. No es una pregunta de qué tan poco necesitamos creer, sino cuánto. Te mostraremos cómo están vinculadas las verdades esenciales del Evangelio, y qué significa creer verdaderamente. Te mostraremos el contenido del Evangelio y después examinaremos si esas creencias han hecho impacto en tu vida como deben hacerlo.

Para ser claros, nuestro punto de partida es que la Santa Biblia es la única Palabra inspirada por Dios, autoritativa e infalible. La Biblia es la única revelación de Dios, dada y preservada para nuestro beneficio. Comunica lo que necesitamos saber acerca de Dios, de nosotros mismos y del mundo en que vivimos. Deja claro que Dios es el Creador Todopoderoso y digno de ser alabado. Aunque fuimos hechos a su imagen para conocerlo y adorarlo, todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios.

Las Escrituras enseñan que Dios envió a su Hijo al mundo para redimir a su pueblo de sus pecados y de su condición pecaminosa. Esta historia comienza con Dios y la creación de todas las cosas. Habla de la caída de la humanidad en el pecado y la promesa de redención. Esta promesa se cumplió con la primera venida del Señor Jesucristo. Culminará cuando Él regrese otra vez en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos.

Aunque puede que hayas escuchado algunas de estas cosas antes, este librito te animará a comparar lo que crees con la manera en que creyentes e iglesias fieles han entendido y confesado el mensaje de la Biblia a través de la historia. Te animamos a examinar “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3).

¡Que el Señor bendiga tu reflexión sobre estos puntos esenciales!

DERECHOS DE AUTOR

El texto del Catecismo de Heidelberg pertenece al Sínodo de la Iglesia Reformada en los Estados Unidos (Reformed Church in the United States).

Copyright © 2001, 2006, 2011. Todos los derechos reservados.

Contacto y otra información:

www.rcus.org

Este esfuerzo sin fines de lucro depende de las donaciones y ventas para cubrir los costos. Estamos ofreciendo estos libritos a \$1.00 cada uno (un dólar cada uno). Para ordenar, envíe su petición por correo postal a:

**THE COMPLETE GOSPEL
c/o Omaha Reformed Church
4905 N 96th Street
Omaha, NE, 68134**

Para ordenar por internet o descargar una edición que pueda imprimir y copiar usted mismo, visite nuestro sitio:

www.thecompletegospel.net

O por email: omahareformed.pastor@gmail.com

INTRODUCCIÓN

En vez de explicar por qué debe creer, o lo mínimo de lo que tiene que creer para ser salvo, esta presentación del Evangelio busca resumir lo que significa creer el Evangelio como un todo. Considera la fe desde el punto de vista de la Biblia. El Evangelio Completo provee el contexto en que el Evangelio de Jesucristo tiene sentido.

La iglesia cristiana ha existido por cientos e incluso miles de años. El plan redentor de Dios empezó hace mucho tiempo y está registrado en las páginas del Antiguo y Nuevo Testamento. El propósito de Dios desde el principio fue enviar a su Hijo en la plenitud del tiempo para que llegue a ser el Redentor de su pueblo. Este librito es un resumen de la fe una vez dada a los santos (Judas 3). Lo que el Evangelio es y lo que significa está expuesto con claridad en las páginas frente a usted.

Dios y el Evangelio revelado en la Escritura

El Evangelio es lo que Dios ha revelado en su Palabra. Las buenas nuevas consisten en que los seres humanos pecaminosos sólo pueden ser perdonados y redimidos a través de la obra completa del Señor Jesucristo. En adición al Evangelio, aprendemos en la Escritura la naturaleza y las obras de Dios mismo.

Nuestra meta es simplemente enseñar lo que la Biblia revela como sus doctrinas clave o esenciales. A diferencia de la mayoría de sectas y falsas religiones, creemos que las enseñanzas históricas de la Iglesia son el mejor lugar para empezar. Y, ¿cuáles son estas enseñanzas? En breve, ellas son los principios básicos de la fe cristiana. En tanto que hay muchas denominaciones diferentes y tipos de iglesias, es importante recordar que la mayoría de iglesias están de acuerdo en las enseñanzas fundamentales y las verdades de la Santa Biblia. Mientras que hay algunas diferencias y variaciones en la manera en que estas cosas se entienden, todas las iglesias cristianas fieles reconocerán que las Escrituras son la única Palabra inspirada y autoritativa de Dios.

Subsecuentemente, todas las iglesias cristianas fieles afirman la existencia eterna de Dios y lo consideran como el Creador Todopoderoso y completamente sabio de los cielos y de la tierra. Ellas creen que Dios hizo al hombre varón y hembra como una creación especial a su imagen. Pronto después de su creación, nuestros primeros padres pecaron y trajeron la muerte espiritual sobre sí mismos y sus descendientes. Ellos cedieron a la tentación de Satanás y comieron del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Sin la intervención de Dios, Adán y Eva y sus descendientes hubieran permanecido espiritualmente muertos. Pero agradecemos a Dios que lo siguiente que leemos es la promesa de Dios para redimirlos a través de la Simiente de la mujer y vencer su pecado y el poder de Satanás. Esta es la historia subyacente del Antiguo Testamento que concluye con la venida de Cristo en el Nuevo Testamento.

Dios y el Evangelio confesados por la Iglesia

En otras palabras, desde los primeros capítulos de Génesis hasta el final del Nuevo Testamento, creemos todo lo que está revelado en la Biblia. Creemos lo que está documentado acerca de lo que la iglesia siempre ha creído. Los credos antiguos fueron escritos y/o adoptados por los primeros concilios de la iglesia. Estos concilios se reunieron para resolver importantes asuntos doctrinales como la Trinidad, que el único y verdadero Dios se ha revelado en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Otros concilios de la iglesia pusieron en orden cómo el Señor Jesús vino como verdadero Dios y verdadero hombre, teniendo dos naturalezas en una persona. Una parte de esto es muy complicada, pero la iglesia claramente declara lo que tenemos que confesar y negar para evitar dificultades y errores.

Durante la Reforma Protestante (el gran reavivamiento espiritual del siglo 16 y 17) se escribieron confesiones y catecismos instructivos para clarificar y resumir lo que las iglesias protestantes creían. A través de la historia, ha habido solamente una fe cristiana y esta fe ha sido aceptada por todas las denominaciones protestantes (Reformados, Presbiterianos,

Anglicanos, Luteranos y Bautistas). En efecto, el evangelio ha sido aceptado por todos los verdaderos creyentes que forman todas las iglesias y denominaciones cristianas. Esto es como dice Efesios 4:4ss: “Hay un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”.

El Catecismo de Heidelberg explica el Evangelio

El Catecismo de Heidelberg representa al cristianismo protestante. Se escribió en 1561, y ha sido aceptado por las iglesias y creyentes alrededor del mundo. Captura las verdades esenciales de una manera pastoral y las aplica a los corazones y vidas de los creyentes. Los autores del Catecismo de Heidelberg identifican los elementos clave de lo que como creyentes necesitamos conocer. Durante los últimos 450 años las iglesias y padres de familias lo han usado para enseñar a sus hijos lo que necesitan saber acerca de la fe cristiana. Los ha capacitado para servir fielmente al Señor a través de muchas generaciones. Aquellos que han aprendido estas verdades pueden dar razones claras y concisas de la esperanza que está en ellos.

El carácter permanente de la fe cristiana

Puesto que “no hay mudanza ni sombra de variación” en Dios, y Jesús dice “el cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”, podemos estar seguros de que Dios y las verdades de la Biblia no cambiarán nunca. La Biblia enfáticamente advierte que nada deber ser agregado ni quitado de la Palabra de Dios. En los últimos versículos de la Biblia, las advertencias más severas se dan a aquellos que hagan eso.

Puesto que la Palabra de Dios no cambia, podemos tener la seguridad de que la verdad del Evangelio no cambiará. Esta era también la convicción del apóstol Pablo. En Gálatas 1:8-9, hace una profunda declaración:

“Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare **otro evangelio diferente** del que os hemos anunciado, sea

anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica **diferente evangelio** del que habéis recibido, sea anatema”.

Piensen en esto por un momento. Pablo y los otros apóstoles testificaron de las verdades que habían aprendido, y habían sido enseñados por Cristo y el Espíritu Santo. Este era el mensaje que ellos predicaron y que las iglesias de Galacia habían oído. Adicionalmente, esto fue lo que el Espíritu Santo les inspiró a escribir y registrar en los libros y cartas del Nuevo Testamento. En breve, “otro evangelio” sería cualquier enseñanza o predicación que no está de acuerdo con lo que los apóstoles enseñaron. Noten, lo que dice: **“mas si aun nosotros (él y los otros apóstoles), o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema”**. ¡Oh, que los falsos maestros y fundadores de sectas y religiones hubiesen aceptado estos versículos y no haber ido más allá de lo que está escrito!

¿Qué cree la verdadera fe?

Hasta ahora hemos escrito acerca de las verdades objetivas que se enseñan en la Palabra de Dios. Esto es lo que nosotros como creyentes y todas las iglesias cristianas creen. Al leer estos párrafos, pudieran preguntarse cómo sus creencias se comparan con lo que está escrito aquí. Esperamos que cada uno de nosotros sea desafiado para leer y releer las Escrituras para ver si ellas enseñan lo que se expone aquí o no. Abajo hay dos preguntas del Catecismo de Heidelberg que tratan el tema de la verdadera fe y lo que significa.

P/R 20. ¿Salva Cristo, entonces, a todos los hombres que han perecido en Adán?

No, solamente a aquellos que por la verdadera fe son injertados en Cristo y reciben todos sus beneficios.

P/R 21. ¿Qué es la verdadera fe?

La verdadera fe no es solamente un seguro conocimiento por el cual mantengo como verdadero todo lo que Dios nos ha revelado en su Palabra, sino también una confianza genuina, la cual el Espíritu opera en mí por el Evangelio, de que no solamente a otros, sino a mí también, Dios nos da libremente el perdón de pecados, la justicia eterna y la salvación meramente por gracia, y sólo por amor a los méritos de Cristo.

Noten estos puntos:

1) Aquellos sin una fe real o verdadera no están conectados verdaderamente a Cristo y perecerán en sus pecados.

2) Aquellos con verdadera fe llegan a creer todo lo que Dios ha revelado en su Palabra. Esta es una declaración muy exhaustiva y da testimonio de la presencia y obra del Espíritu Santo en nuestras vidas. Los creyentes llegan a aceptar los milagros, las señales y maravillas como reales, y las promesas de Dios y sus mandamientos como dignos de confianza y los aceptan.

3) En adición a creer lo que está objetivamente revelado o declarado en la Escritura, la **verdadera fe** cree algo más. Descansa en una sólida convicción de que aparte de ganar o merecer, ellos han sido llevados a un estado de gracia o favor con Dios. Por el Espíritu de Dios, ellos son misericordiosamente llamados y recibidos en la comunión con el Dios vivo. Ellos confían con toda seguridad en que su salvación fue pagada completamente por el único sacrificio de Cristo en la cruz.

La verdadera fe conduce al verdadero consuelo

A través de Cristo y su obra completa, los creyentes reciben todo lo que ellos necesitan para ser reconciliados con Dios. Aquí tienen un resumen del consuelo que los creyentes disfrutan.

1. ¿Cuál es tu único consuelo en la vida y en la muerte?

Que yo, con cuerpo y alma, tanto en vida y en muerte, no soy dueño de mi vida, sino que pertenezco a mi fiel Salvador

Jesucristo, quien con su preciosa sangre ha satisfecho completamente por todos mis pecados, y me ha redimido de todo el poder del diablo; y me preserva de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni siquiera un cabello de mi cabeza puede caer; en efecto, que todas las cosas tienen que funcionar juntas para mi salvación. Por lo tanto, por su Espíritu Santo, Dios también me asegura la vida eterna, y me dispone y dispone de corazón desde ahora en adelante a vivir para Él.

El cristianismo genuino no es difícil de entender o demasiado complicado. Enseña a los creyentes a poner su confianza completamente en la gracia de Dios, en las palabras y promesas del Evangelio. Este es el centro de todo: que Dios por amor a la obra completa de Cristo otorga perdón de pecados y vida eterna a todos los que vienen a Él a través de la fe. El Señor Jesús a través del ministerio de su Espíritu y Palabra, reúne, defiende y preserva para sí mismo un pueblo escogido de toda tribu, idioma, nación y pueblo en la unidad de la verdadera fe. Puede que haya algunas diferencias culturales, pero los creyentes de todo idioma, raza y nación creerán en el mismo Evangelio y servirán al Señor de la misma manera.

Las preguntas restantes

¿Crees genuinamente estas cosas? ¿Tu vida ha sido transformada por el poder del Evangelio? Estas son preguntas muy serias. Conocer las respuestas correctas o saber qué debemos decir no es lo mismo que realmente creer y experimentar las cosas que están siendo descritas. Como creyentes, debemos buscar de Dios diligentemente lo que Él ha dado libremente.

Aquí es donde los credos y confesiones de la iglesia son útiles. Al leerlos, vamos a estar de acuerdo o no. Compartiremos las convicciones y experimentaremos la gracia de la manera que está descrita o no. Conforme lees a través de estos credos y el Catecismo de Heidelberg, pregúntate si ellos describen tu fe. ¿Es esto lo que tú crees y estás sirviendo al Señor como debes?

No estamos tratando de excluir a nadie del Reino de Dios o disminuir su resolución de servir fielmente al Señor. Más bien, queremos que todos los creyentes en todas partes estén más conscientes de lo que creen y cómo deben vivir. Si hay una disparidad entre estas enseñanzas y cómo crees y vives, úsalo como una oportunidad para crecer en gracia. Sé como los bereanos, como el apóstol Pablo describe en Hechos 17:11: **“escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”**.

¿El Evangelio completo?

En un sentido, este librito desafía a cada uno de nosotros a examinar el contenido de nuestra fe y medir nuestra experiencia como creyentes. Las 129 preguntas y respuestas describen exacta y extensamente lo que es el Evangelio y lo que significa creer genuinamente. En las páginas que siguen estudiaremos los credos de la iglesia primitiva y la explicación del Catecismo de Heidelberg acerca de lo que es la verdadera fe.

Ya que la Biblia no cambia, el Evangelio no cambia. Por esta razón, la experiencia de los creyentes a través de la historia debe ser prácticamente la misma. Toma, por ejemplo, la pregunta 1 y 2.

2. ¿Cuántas cosas son necesarias que conozcas para que puedas vivir y morir felizmente en este consuelo?

Tres cosas: Primero, la grandeza de mi pecado y miseria. Segundo, cómo puedo ser redimido de todos mis pecados y miserias. Tercero, cómo debo ser agradecido a Dios por tal redención.

Todo verdadero cristiano responderá esta pregunta de la misma manera. Cristo Jesús y su obra completa son nuestro único consuelo. Los credos y el catecismo que siguen van a poner a prueba tus convicciones y conducirte a un entendimiento más claro de la vida cristiana.

¡Que el Señor te bendiga!

LOS CREDOS

DE LA IGLESIA PRIMITIVA

EL Credo de los Apóstoles	11
EL Credo Niceno	12
EL Credo Atanasiano	13

Y

EL CATECISMO DE HEIDELBERG

PRIMERA PARTE: LA MISERIA DEL HOMBRE	16
SEGUNDA PARTE: LA REDENCIÓN DEL HOMBRE	18
Dios el Padre	21
Dios el Hijo	22
Dios el Espíritu Santo	27
Los Sacramentos	30
El Santo Bautismo	31
La Santa Cena	32
TERCERA PARTE: GRATITUD	36
La Ley de Dios	37
La Oración	45

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Aunque este credo no fue escrito por los Apóstoles, resume la enseñanza de la Biblia con sencillez, brevedad y belleza. Originalmente utilizado como fórmula bautismal en el siglo II, alcanzó su forma actual en el siglo sexto. Da una expresión concisa de los fundamentos del cristianismo histórico.

Creo en DIOS PADRE Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Y en JESUCRISTO,
su único Hijo, y Señor nuestro;
que fue concebido del Espíritu Santo,
nació de la Virgen María,
padebió bajo el poder de Poncio Pilato;
fue crucificado, muerto y sepultado;
descendió a los infiernos;
al tercer día resucitó de entre los muertos;
subió al cielo,
y está sentado a la diestra
de Dios Padre Todopoderoso;
y desde allí vendrá a juzgar
a los vivos y a los muertos.

Creo en el ESPÍRITU SANTO,
la Santa Iglesia Universal,
la Comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.

Amén.

EL CREDO NICENO

Este credo es una formulación precisa y majestuosa de la fe histórica del cristianismo ortodoxo. Originándose en el Concilio de Nicea (325 d. C.) y revisado en el Concilio de Constantinopla (381 d. C.), afirmó la doctrina bíblica de la Trinidad y la Persona de Cristo en oposición a varias herejías, especialmente el arrianismo. La Iglesia Occidental añadió el artículo sobre la procesión del Espíritu Santo de Cristo que dice “y el Hijo” (Latín: Filioque) cuando fue adoptado en el Concilio de Toledo (589 d. C.).

Creemos en un solo DIOS, PADRE Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creemos en un solo Señor, JESUCRISTO, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas.

Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo; y por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria, para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creemos en el ESPÍRITU SANTO, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creemos en la Iglesia que es: Una, Santa, Universal y Apostólica. Reconocemos que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

EL CREDO ATANASIANO

Este credo lleva el nombre de Atanasio (AD 293–373), el campeón de la ortodoxia contra la herejía arriana. Aunque no lo escribió, el nombre persiste porque le fue comúnmente atribuido por la Iglesia Medieval. Siendo de origen occidental, el credo apareció por primera vez a principios del siglo VI. Aunque el autor es desconocido, incorpora la enseñanza de Agustín (354–430 d. C.) en su libro De la Trinidad, así como las decisiones del Concilio de Calcedonia sobre la Persona de Cristo (451 d. C.). Usando un lenguaje preciso, el credo declara la doctrina de la Trinidad: que Dios es uno, en esencia, existiendo en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Afirma el misterio de la encarnación: que el Señor Jesucristo es una persona, con dos naturalezas, humana y divina. Tan esenciales son estas doctrinas para la fe cristiana, que si no se creen, uno no puede ser cristiano.

LA TRINIDAD

Todo el que quiera salvarse, debe ante todo mantener la fe universal. El que no guardare esta fe íntegra y pura, sin duda perecerá eternamente.

Y la fe universal es ésta: Que adoramos a un solo Dios en Trinidad, y Trinidad en Unidad, sin confundir las Personas, ni dividir la substancia. Porque es una la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; mas la Divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu es toda una, igual la gloria, coeterna la Majestad.

Así como es el Padre, así el Hijo, así el Espíritu Santo. Increado es el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Incomprensible es el Padre, incomprensible el Hijo, incomprensible el Espíritu Santo. Eterno es el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno; como también no son tres incomprensibles, ni tres increados, sino un solo increado y un solo incomprensible. Igualmente omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres omnipotentes, sino uno omnipotente.

Asimismo, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Y sin embargo, no son tres Dioses, sino un solo Dios. Así también, Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor es el Espíritu Santo. Y sin embargo, no son tres Señores, sino un solo Señor. Porque así como la verdad cristiana nos obliga a reconocer que cada una de las Personas de por sí es Dios y Señor, así la religión

cristiana nos prohíbe decir que hay tres Dioses o tres Señores.

El Padre por nadie es hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo es sólo del Padre, no hecho, ni creado, ni engendrado. El Espíritu Santo es del Padre, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente. Hay, pues, un Padre, no tres Padres; un Hijo, no tres Hijos; un Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos. Y en esta Trinidad nadie es primero ni postrero, ni nadie mayor ni menor; sino que todas las tres Personas son coeternas juntamente y coiguales. De manera que en todo, como queda dicho, se ha de adorar la Unidad en Trinidad, y la Trinidad en Unidad. Por tanto, el que quiera salvarse debe pensar así de la Trinidad.

LA PERSONA DE CRISTO

Además, es necesario para la salvación eterna que también crea correctamente en la encarnación de nuestro Señor Jesucristo. Porque la fe verdadera, que creemos y confesamos, es que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre; Dios, de la substancia del Padre, engendrado antes de todos los siglos; y hombre, de la substancia de su madre, nacido en el mundo; perfecto Dios y perfecto hombre, subsistente de alma racional y de carne humana; igual al Padre, según su Divinidad; inferior al Padre, según su humanidad.

Quien, aunque sea Dios y hombre, sin embargo, no es dos, sino un solo Cristo; uno, no por conversión de la Divinidad en carne, sino por la asunción de la humanidad en Dios; uno totalmente, no por confusión de substancia, sino por unidad de Persona. Pues como el alma racional y la carne es un solo hombre, así Dios y hombre es un solo Cristo. El que padeció por nuestra salvación, descendió al infierno, resucitó al tercer día de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la diestra del Padre, Dios Todopoderoso, de donde ha de venir a juzgar a vivos y muertos. A cuya venida todos los hombres resucitarán con sus cuerpos y darán cuenta de sus propias obras. Y los que hubieren obrado bien, irán a la vida eterna; y los que hubieren obrado mal, al fuego eterno.

Esta es la fe universal, y quien no la crea fielmente no puede salvarse.

Amén.

INTRODUCCIÓN AL CATECISMO DE HEIDELBERG

Este catecismo o instrucción en la fe cristiana, recibió su nombre del lugar de su origen, Heidelberg, Alemania, la capital del Electorado del Palatinado. Para que la fe reformada pudiera enseñarse y mantenerse en su dominio, el elector piadoso Federico III encargó a Zacarías Ursino, profesor de la Universidad de Heidelberg, y a Gaspar Oleviano, predicador de la corte, que preparara un manual para instruir a los jóvenes y guiar a los pastores y maestros en el doctrinas básicas de la fe cristiana. Preparado con el asesoramiento y la cooperación de toda la facultad de teología, aprobado de todo corazón por el propio Elector y sancionado por la reunión sinódica de prominentes predicadores y teólogos reformados, se publicó por primera vez en Heidelberg con un prefacio del 19 de enero de 1563.

El Gran Sínodo de Dort (1618-1619) declaró que el Catecismo de Heidelberg estaba en todos los aspectos en armonía con la Palabra de Dios y requería que los titulares de cargos se suscribieran a él. Fue llamado "un compendio admirablemente compuesto de la doctrina cristiana ortodoxa, sabiamente adaptado para la comprensión de los jóvenes, y también para la instrucción más elaborada de los adultos". El Sínodo emitió instrucciones para que los padres lo usen en la enseñanza de sus hijos, para instructores en las escuelas y para pastores en cada día del Señor.

Ha sido, mercedamente, el catecismo más utilizado e influyente del período de la Reforma. Las iglesias reformadas de Alemania, los Países Bajos, Hungría, Transilvania y Polonia lo adoptaron. Entre los treinta idiomas a los que se ha traducido el catecismo se encuentran el holandés, inglés, francés, polaco, húngaro, griego, lituano, hebreo, italiano, bohemio, javanés, árabe, singalés y malayo. En América del Norte se adoptó como un estándar de la Iglesia Reformada en los Estados Unidos desde el comienzo de su historia.

En 1820, la primera versión en inglés del Catecismo apareció en los Estados Unidos. En 1863 se realizó una nueva traducción al inglés, llamada la versión del tricentenario (300 años). La Iglesia Reformada en los Estados Unidos revisó esta edición en 1950 y 1986. Posteriormente se agregaron referencias bíblicas y varias mejoras hasta que alcanzó su forma actual en 2011..

EL CATECISMO DE HEIDELBERG

INTRODUCCIÓN

DÍA DEL SEÑOR 1

1. ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?

Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte [1], no soy dueño de mi vida [2], sino que pertenezco a mi fiel Salvador Jesucristo [3], quien con Su preciosa sangre [4] ha satisfecho completamente por todos mis pecados [5], y me ha redimido de todo el poder del diablo [6]; y me preserva de tal manera [7] que sin la voluntad de mi Padre celestial ni siquiera un solo cabello de mi cabeza puede caer [8]; antes bien, todas las cosas tienen que funcionar conjuntamente para mi salvación [9]. Por esa razón, por Su Espíritu Santo, Él también me asegura la vida eterna [10], y me dispone y prepara de todo corazón para vivir de ahora en adelante para Él [11].

[1] Rom. 14:7–8. [2] 1 Cor. 6:19. [3] 1 Cor. 3:23. [4] 1 Ped. 1:18–19. [5] 1 Jn. 1:7; 2:2. [6] 1 Jn. 3:8. [7] Jn. 6:39. [8] Mat. 10:29–30; Lc. 21:18. [9] Rom. 8:28. [10] 2 Cor. 1:21–22; Ef. 1:13–14; Rom. 8:16. [11] Rom. 8:1.

2. ¿Cuántas cosas son necesarias que tú conozcas para que puedas vivir y morir felizmente en este consuelo?

Tres cosas [1]: primero, la grandeza de mi pecado y miseria [2]. Segundo, cómo soy redimido de todos mis pecados y miseria [3]. Tercero, cómo debo agradecer a Dios por Su redención [4].

[1] Lc. 24:46–47; 1 Cor. 6:11; Tit. 3:3–7. [2] Jn. 9:41; 15:22. [3] Jn. 17:3. [4] Ef. 5:8–11; 1 Ped. 2:9–12; Rom. 6:11–14; Rom. 7:24–25; Gál. 3:13; Col. 3:17.

PRIMERA PARTE: LA MISERIA DEL HOMBRE

DÍA DEL SEÑOR 2

3. ¿Cómo conoces tu miseria?

Por la Ley de Dios [1].

[1] Rom. 3:20; Rom. 7:7.

4. ¿Qué requiere la Ley de Dios de nosotros?

Cristo nos lo enseña resumidamente en Mateo 22:37-40: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Éste es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas» [1].

[1] Mat. 22:37-40; Lc. 10:27. Deut. 6:5. Gál. 5:14.

5. ¿Puedes guardar todo esto perfectamente?

No [1], porque por naturaleza estoy inclinado a odiar a Dios y a mi prójimo [2].

[1] Rom. 3:10-12, 23; 1 Jn. 1:8, 10. [2] Rom. 8:7; Ef. 2:3.

DÍA DEL SEÑOR 3

6. ¿Creó pues Dios al hombre tan malo y perverso?

No [1], sino que Dios creó al hombre bueno y a Su imagen [2], es decir, en justicia y verdadera santidad, para que pudiera conocer correctamente a Dios su Creador, amarle de todo corazón, y vivir con Él en eterna bienaventuranza, para alabarle y glorificarle [3].

[1] Gén. 1:31. [2] Gén. 1:26-27. [3] 2 Cor. 3:18; Col. 3:10; Ef. 4:24.

7. Entonces, ¿de dónde proviene esta naturaleza depravada del ser humano?

De la caída y desobediencia de nuestros primeros padres, Adán y Eva, en el Paraíso [1], por lo cual nuestra naturaleza se corrompió tanto que todos somos concebidos y nacidos en pecado [2].

[1] Gén. 3 (todo el capítulo). Rom. 5:12, 18-19. [2] Sal. 51:5; Sal. 14:2-3.

8. Pero, ¿estamos tan depravados que somos completamente incapaces de hacer algún bien e inclinados a todo mal?

Sí [1], a menos que por el Espíritu Santo nazcamos de nuevo [2].

[1] Jn. 3:6; Gn. 6:5; Job 14:4; Isa. 53:6. [2] Jn. 3:5; Gn. 8:21; 2 Cor. 3:5; Rom. 7:18; Jer. 17:9.

DÍA DEL SEÑOR 4

9. Pero, ¿no comete Dios una injusticia al hombre al mandarle en Su Ley lo que no puede hacer?

No, porque Dios hizo al hombre de tal manera que pudiera obedecer Su Ley [1]; pero el hombre, por la instigación del diablo, desobedeciendo voluntariamente se privó a sí mismo y a todos sus descendientes de esos dones divinos [2].

[1] Ef. 4:24. [2] Rom. 5:12.

10. ¿Permitirá Dios que tal desobediencia y apostasía queden sin castigo?

De ninguna manera [1], sino que Él está terriblemente enojado contra nuestro pecado original como también contra nuestros pecados actuales, y los va a castigar con un juicio justo en el tiempo y en la eternidad, como Él lo ha declarado: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas» [2].

[1] Heb. 9:27. [2] Deut. 27:26; Gál. 3:10; Rom. 1:18; Mat. 25:41.

11. Pero, ¿no es Dios también misericordioso?

Dios es, sin duda alguna, misericordioso [1]; pero Él también es justo [2]. Por lo tanto, Su justicia requiere que el pecado que se comete en contra de la altísima majestad de Dios sea castigado con un castigo extremo, es decir, con un castigo eterno del cuerpo y del alma.

[1] Ex. 34:6–7. [2] Ex. 20:5; Sal. 5:5–6; 2 Cor. 6:14–16; Ap. 14:11.

SEGUNDA PARTE: LA REDENCIÓN DEL HOMBRE

DÍA DEL SEÑOR 5

12. Entonces, si por el justo juicio de Dios merecemos castigos temporales y eternos, ¿cómo podemos escaparnos de este castigo y ser recibidos otra vez en el favor de Dios?

Dios quiere que se satisfaga Su justicia [1]; por lo tanto, tenemos que satisfacer completamente Su justicia, ya sea por nosotros mismos o por alguien más [2].

[1] Ex. 20:5; 23:7. [2] Rom. 8:3–4.

13. ¿Podemos nosotros mismos hacer esta satisfacción?

De ninguna manera; al contrario, nosotros diariamente incrementamos nuestra culpa [1].

[1] Job 9:2–3; 15:15–16; Mat. 6:12; 16:26.

14. ¿Puede alguna simple criatura hacer satisfacción por nosotros?

Ninguna, primero porque Dios no va a castigar a ninguna otra criatura por el pecado que el hombre cometió [1]; segundo, porque una simple criatura no puede soportar la carga de la ira eterna de Dios en contra del pecado [2] y redimir a otros de ella.

[1] Heb. 2:14–18. [2] Sal. 130:3.

15. Entonces, ¿qué clase de Mediador y Redentor tenemos que buscar?

Uno que sea verdadero hombre [1] y perfectamente justo [2], y no obstante más poderoso que todas las criaturas, es decir, uno que sea también verdadero Dios [3].

[1] 1 Cor. 15:21–22, 25–26. [2] Jer. 13:16; Isa. 53:11; 2 Cor. 5:21; Heb. 7:15–16. [3] Isa. 7:14; Heb. 7:26.

DÍA DEL SEÑOR 6

16. ¿Por qué tiene que ser verdadero hombre y perfectamente justo?

Porque la justicia de Dios requiere [1] que la misma naturaleza humana que ha pecado debe hacer satisfacción por el pecado. Pero uno que es pecador no puede satisfacer por otros [2].

[1] Rom. 5:15. [2] Isa. 53:3–5.

17. ¿Por qué tiene que ser también verdadero Dios?

Para que por el poder de Su Divinidad pueda llevar en su humanidad la carga de la ira de Dios [1], y así obtener [2] y restaurar en nosotros la justicia y la vida [3].

[1] Isa. 53:8; Hch. 2:24. [2] Jn. 3:16; Hch. 20:28. [3] 1 Jn. 1:2.

18. Pero, ¿quién es ahora ese Mediador, que en una persona es verdadero Dios y también verdadero hombre, y perfectamente justo?

Nuestro Señor Jesucristo [1], quien nos ha sido dado gratuitamente para una completa redención y justificación [2].

[1] Mat. 1:23; 1 Tim. 3:16; Lc. 2:11. [2] 1 Cor. 1:30; Hch. 4:12.

19. ¿De dónde sabes esto?

Del Santo Evangelio, que Dios mismo reveló primero en el Paraíso [1], después lo proclamó por los santos patriarcas y profetas [2], y lo anunció de antemano

por los sacrificios y otras ceremonias de la Ley [3], y finalmente lo cumplió por Su bien amado Hijo [4].

[1] Gén. 3:15. [2] Gén. 22:18; 49:10–11; Rom. 1:2; Heb. 1:1; Hch. 3:22–24; 10:43. [3] Jn. 5:46. Heb. 10:7. [4] Rom. 10:4; Gál. 4:4–5; *Heb. 10:1.

DÍA DEL SEÑOR 7

20. Entonces, ¿son salvados por Cristo todos los hombres que han perecido en Adán?

No, solamente aquellos que por la verdadera fe son injertados en Él y reciben todos sus beneficios [1].

[1] Jn. 1:12–13; 1 Cor. 15:22; Sal. 2:12; Rom. 11:20; Heb. 4:2–3; 10:39.

21. ¿Qué es la verdadera fe?

La verdadera fe no es únicamente un conocimiento seguro por el cual tengo por verdadero todo lo que Dios nos ha revelado en Su Palabra [1], sino también una verdadera confianza [2] que el Espíritu Santo [3] produce en mí por el Evangelio [4], de que no solamente a otros, sino que también a mí mismo Dios me da gratuitamente [5] el perdón de pecados, la justicia eterna y la salvación sólo por gracia y únicamente por amor a los méritos de Cristo [6].

[1] Stg. 1:6. [2] Rom. 4:16–18; 5:1. [3] 2 Cor. 4:13; Fil. 1:19, 29. [4] Rom. 1:16; 10:17. [5] Heb. 11:1–2; Rom. 1:17. [6] Ef. 2:7–9; Rom. 3:24–25; Gal. 2:16; Hch. 10:43.

22. Entonces, ¿qué es necesario que crea un cristiano?

Todo lo que nos está prometido en el Evangelio [1], lo cual los artículos de nuestra fe verdadera y universal nos lo enseñan resumidamente.

[1] Jn. 20:31; Mat. 28:20. 2 Ped. 1:21; 2 Tim. 3:15.

23. ¿Cuáles son estos artículos?

Creo en DIOS, PADRE Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en JESUCRISTO, su Hijo Unigénito, nuestro Señor,

Que fue concebido por el Espíritu Santo,

Nació de la virgen María,

Sufrió bajo el poder de Poncio Pilato,

Fue crucificado, muerto y sepultado,

Descendió al infierno,

Al tercer día resucitó de entre los muertos,

Subió a los cielos,
Y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso.
Y desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el ESPÍRITU SANTO,
La santa iglesia católica,
La comunión de los santos,
El perdón de los pecados,
La resurrección de la carne
Y la vida eterna. Amén.

DÍA DEL SEÑOR 8

24. ¿Cómo se dividen estos artículos?

En tres partes: la primera es de Dios el Padre y nuestra creación; la segunda de Dios el Hijo y nuestra redención; y la tercera de Dios el Espíritu Santo y nuestra santificación [1].

[1] 1 Ped. 1:2; 1 Jn. 5:7.

25. Ya que sólo hay un Ser divino [1], ¿por qué hablas de tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo?

Porque Dios se ha revelado así en Su Palabra [2], de manera que estas tres personas distintas son el único, verdadero y eterno Dios.

[1] Deut. 6:4. [2] Isa. 61:1; Sal. 110:1; Mat. 3:16–17; 28:19; 1 Jn. 5:7; 2 Cor. 13:14.

DIOS EL PADRE

DÍA DEL SEÑOR 9

26. ¿Qué crees cuando dices: «Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra»?

Que el eterno Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien de la nada hizo el cielo y la tierra con todo lo que está en ellos [1], quien asimismo los sostiene y gobierna por Su eterno consejo y providencia [2], es por amor a Cristo, Su Hijo, mi Dios y mi Padre [3], en quien yo confío de tal manera que no tengo ninguna duda de que Él me proveerá todas las cosas necesarias para mi alma y mi cuerpo [4]; y además que cualquier mal que me envíe en este valle de lágrimas, lo cambiará para mi bien [5], porque Él puede hacerlo, siendo Dios Todopoderoso [6], y lo quiere hacer también, siendo un Padre fiel [7].

[1] Gén. 1:31; Sal. 33:6; Col. 1:16; Heb. 11:3. [2] Sal. 104:2–5; Mat. 10:30; Heb. 1:3; Sal. 115:3; Hch 17:24–25. [3] Jn. 1:12; Rom. 8:15; Gál. 4:5–7; Ef. 1:5; Ef. 3:14–16; Mat. 6:8. [4] Sal. 55:22; Matt. 6:25–26; Lc. 12:22–24; Sal. 90:1–2. [5] Rom. 8:28; Hch 17:27–28. [6] Rom. 10:12. [7] Mat. 7:9–11; Núm. 23:19.

DÍA DEL SEÑOR 10

27. ¿Qué entiendes por la Providencia de Dios?

El poder todopoderoso de Dios y presente en todo lugar [1] por el cual, como si fuera por Su propia mano, Él todavía sustenta el cielo y la tierra con todas las criaturas [2]; y los gobierna de tal manera que las plantas y árboles, la lluvia y la sequía, los años fructíferos y los de escasez, la comida y la bebida [3], la salud y la enfermedad [4], la riqueza y la pobreza [5], y en fin, todas las cosas, no suceden por casualidad sino por Su mano paternal.

[1] Hch. 17:25–26. [2] Heb. 1:3. [3] Jer. 5:24; Hch. 14:17. [4] Jn. 9:3. [5] Prov. 22:2; Sal. 103:19; Rom. 5:3–5a.

28. ¿De qué nos aprovecha saber que Dios creó todas las cosas y por Su providencia las sustenta?

Para que seamos pacientes en la adversidad [1], agradecidos en la prosperidad [2], y para lo que viene en el futuro tengamos una buena confianza en nuestro Dios y Padre fiel, de que ninguna cosa creada nos podrá separar de Su amor [3], ya que todas las cosas creadas están en Sus manos de tal manera que, sin Su voluntad, no pueden ni siquiera moverse [4].

[1] Rom. 5:3; Stg. 1:3; Job 1:21. [2] Deut. 8:10; 1 Tes. 5:18. [3] Rom. 8:35, 38–39. [4] Job 1:12; Hch. 17:25–28; Prov. 21:1; Sal. 71:7; 2 Cor. 1:10.

DIOS EL HIJO

DÍA DEL SEÑOR 11

29. ¿Por qué al Hijo de Dios se le llama «Jesús», es decir, Salvador?

Porque Él nos salva de todos nuestros pecados [1], y porque en ningún otro se debe buscar ni se puede encontrar salvación [2].

[1] Mat. 1:21; Heb. 7:25. [2] Hch. 4:12; Lc. 2:10–11.

30. ¿Creen también en el único Salvador Jesús aquellos que buscan su salvación y bienestar en los santos, en sí mismos o en cualquier otra parte?

No, porque aunque de boca se gloríen de tenerle por Salvador, no obstante con sus hechos niegan al único Salvador Jesús [1]. Porque, o Jesús no es un

completo Salvador, o aquellos que por la verdadera fe reciben a este Salvador, tienen que tener en Él todo lo que es necesario para su salvación [2].

[1] 1 Cor. 1:13, 30–31; Gál. 5:4. [2] Isa. 9:7; Col. 1:20; 2:10; Jn. 1:16; Mat. 23:28.

DÍA DEL SEÑOR 12

31. ¿Por qué se le llama «Cristo», es decir, Ungido?

Porque Él fue ordenado por Dios el Padre y ungido con el Espíritu Santo [1] para ser nuestro supremo Profeta y Maestro [2], quien nos ha revelado completamente el secreto consejo y voluntad de Dios con respecto a nuestra redención [3]; y para ser nuestro Sumo Sacerdote [4], quien por el único sacrificio de Su cuerpo, nos ha redimido y vive eternamente para interceder por nosotros ante el Padre [5]; y para ser nuestro eterno Rey, quien nos gobierna por Su Palabra y Espíritu, y nos defiende y preserva en la salvación que obtuvo para nosotros [6].

[1] Heb. 1:9. [2] Deut. 18:15; Hch. 3:22. [3] Jn. 1:18; 15:15. [4] Sal. 110:4; Heb. 7:21. [5] Rom. 5:9–10. [6] Sal. 2:6; Lc. 1:33; Mat. 28:18; Isa. 61:1–2; 1 Ped. 2:24; Ap. 19:16.

32. ¿Por qué te llaman «cristiano»?

Porque por la fe soy un miembro de Cristo [1] y de ese modo participante de Su unción [2], a fin de que yo también confiese Su Nombre [3], me ofrezca a mí mismo en sacrificio vivo de gratitud a Él [4], y con una consciencia libre pueda luchar en contra del pecado y el diablo en esta vida [5], y finalmente, para que después de esta vida reine con Él eternamente sobre todas las criaturas [6].

[1] Hch. 11:26; 1 Jn. 2:27; 1 Jn. 2:20. [2] Hch. 2:17. [3] Mrc. 8:38. [4] Rom. 12:1; Ap. 5:8, 10; 1 Ped. 2:9; Ap. 1:6. [5] 1 Tim. 1:18–19. [6] 2 Tim. 2:12; Ef. 6:12; Ap. 3:21.

DÍA DEL SEÑOR 13

33. ¿Por qué se le llama «Hijo unigénito» de Dios si nosotros también somos hijos de Dios?

Porque sólo Cristo es el Hijo eterno y natural de Dios [1]; en cambio nosotros somos hijos de Dios por adopción, a través de la gracia, por amor de Cristo [2].

[1] Jn. 1:14, 18. [2] Rom. 8:15–17; Ef. 1:5–6; 1 Jn. 3:1.

34. ¿Por qué le llamas «nuestro Señor»?

Porque no con oro o plata sino con Su preciosa sangre Él nos ha redimido y comprado en alma y cuerpo del pecado, y de todo el poder del diablo para ser de Su propiedad [1].

[1] 1 Ped. 1:18–19; 2:9; 1 Cor. 6:20; 7:23; Hch. 2:36; Tit. 2:14; Col. 1:14.

DÍA DEL SEÑOR 14

35. ¿Qué significa que fue «concebido por el Espíritu Santo, nació de la virgen María»?

Que el Hijo eterno de Dios, quien es [1] y continúa siendo verdadero y eterno Dios [2], tomó sobre Sí mismo la misma naturaleza del hombre de la carne y sangre de la virgen María [3], por la operación del Espíritu Santo [4]; para que así pudiera ser también la verdadera simiente de David [5], hecho semejante a Sus hermanos en todas las cosas [6], excepto en el pecado [7].

[1] Jn. 1:1; Rom. 1:3–4. [2] Rom. 9:5. [3] Gál. 4:4; Jn. 1:14. [4] Mat. 1:18–20; Lc. 1:35. [5] Sal. 132:11. [6] Fil. 2:7. [7] Heb. 4:15; 1 Jn. 5:20.

36. ¿Qué beneficio recibes de la santa concepción y nacimiento de Cristo?

Que Él es nuestro Mediador [1], y con Su inocencia y perfecta santidad cubre, a la vista de Dios, mi pecado en el cual fui concebido [2].

[1] Heb. 2:16–17. [2] Sal. 32:1; 1 Jn. 1:9.

DÍA DEL SEÑOR 15

37. ¿Qué entiendes por la palabra «sufrió»?

Que todo el tiempo que Él vivió en la tierra, pero especialmente al final de Su vida, Él cargó, en cuerpo y alma, la ira de Dios en contra del pecado de toda la raza humana [1]; a fin de que por medio de Su sufrimiento, como el único sacrificio expiatorio [2], pudiera redimir nuestro cuerpo y alma de la condenación eterna, y obtener para nosotros la gracia de Dios, la justicia y la vida eterna.

[1] 1 Ped. 2:24; Isa. 53:12. [2] 1 Jn. 2:2; 4:10; Rom. 3:25–26; Sal. 22:14–16; Mat. 26:38; Rom. 5:6.

38. ¿Por qué sufrió «bajo el poder de Poncio Pilato» quien era juez?

Para que Él, siendo inocente, pudiera ser condenado por el juez temporal [1], y de esa manera librarnos del severo juicio de Dios, al cual estábamos sometidos [2].

[1] Hch. 4:27–28; Lc. 23:13–15; Jn. 19:4. [2] Sal. 69:4; 2 Cor. 5:21; Mat. 27:24.

39. ¿Es más importante que el Hijo de Dios muriera «crucificado» en vez sufrir y morir de otro modo?

Sí, porque solamente así tengo la seguridad de que Él cargó sobre Sí mismo la maldición que estaba sobre mí [1], ya que la muerte de la cruz era maldita por Dios [2].

[1] Gál. 3:13–14. [2] Deut. 21:22–23; Fil. 2:8.

DÍA DEL SEÑOR 16

40. ¿Por qué fue necesario que Cristo sufriera la «muerte»?

Porque la justicia y la verdad de Dios [1] requerían que la satisfacción por nuestros pecados no podía hacerse de otra manera que por la muerte del Hijo de Dios [2].

[1] Gén. 2:17. [2] Heb. 2:9; Rom. 6:23.

41. ¿Por qué fue «sepultado»?

Para probar por ello que estaba verdaderamente muerto [1].

[1] Mat. 27:59–60; Jn. 19:38–42; Hch. 13:29.

42. ¿Entonces, ya que Cristo murió por nosotros, ¿por qué nosotros también tenemos que morir?

Nuestra muerte no es una satisfacción por nuestro pecado, sino solamente un morir al pecado y un entrar a la vida eterna [1].

[1] Jn. 5:24; Fil. 1:23; Rom. 7:24–25.

43. ¿Qué otro beneficio recibimos del sacrificio y la muerte de Cristo en la cruz?

Que por Su poder nuestro viejo hombre está crucificado, muerto y sepultado con Él [1]; para que los malos deseos pecaminosos de la carne ya no reinen más en nosotros [2], sino que nos ofrezcamos a Él en sacrificio de gratitud [3].

[1] Rom. 6:6–8; Col. 2:12. [2] Rom. 6:12. [3] Rom. 12:1; 2 Cor. 5:15.

44. ¿Por qué se añade: «descendió al infierno»?

Para que en mis más graves tentaciones tenga la seguridad de que Cristo mi Señor, por Su angustia inexplicable, dolores y terrores que sufrió en Su alma en y antes de la cruz, me ha redimido de la angustia y tormento del infierno [1].

[1] Isa. 53:10; Mat. 27:46; Sal. 18:5; 116:3.

DÍA DEL SEÑOR 17

45. ¿Qué beneficio recibimos de la «resurrección» de Cristo?

Primero, por Su resurrección Él ha derrotado a la muerte, para que pudiera hacernos participantes de la justicia que obtuvo para nosotros por Su muerte [1]. Segundo, por Su poder nosotros también somos resucitados ahora a una nueva vida [2]. Tercero, la resurrección de Cristo es para nosotros una garantía segura de nuestra bendita resurrección [3].

[1] 1 Cor. 15:15,17, 54–55. Rom. 4:25; 1 Ped. 1:3–4, 21. [2] Rom. 6:4; Col. 3:1–4; Ef. 2:5. [3] 1 Cor. 15:12; Rom. 8:11; 1 Cor. 15:20–21.

46. ¿Qué entiendes por las palabras «subió a los cielos»?

Que Cristo, a la vista de Sus discípulos, fue llevado de la tierra al cielo [1], y continúa allí a nuestro favor [2] hasta que regrese otra vez para juzgar a los vivos y a los muertos [3].

[1] Hch. 1:9; Mat. 26:64; Mrc. 16:19; Lc. 24:51. [2] Heb. 4:14; 7:24–25; 9:11; Rom. 8:34. Eph. 4:10. [3] Hch. 1:11; Matt. 24:30; Hch. 3:20–21.

47. Pero, ¿no está Cristo con nosotros hasta el fin del mundo, como lo ha prometido? [1]

Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios. Con respecto a Su naturaleza humana, Él no está ahora en la tierra [2]; pero con respecto a Su Divinidad, majestad, gracia y Espíritu, Él nunca está ausente de nosotros [3].

[1] Mat. 28:20. [2] Mat. 26:11; Jn. 16:28; 17:11. [3] Jn. 14:17–18; 16:13; Ef. 4:8; Mat. 18:20; Heb. 8:4.

48. Pero, ¿no se separan, de esta manera, las dos naturalezas en Cristo si la humanidad no está dondequiera que esté la Divinidad?

De ninguna manera, porque ya que la Divinidad es incomprendible y está presente en todas partes [1], necesariamente se sigue que la misma no está limitada a la naturaleza humana que Él ha asumido, y sin embargo permanece personalmente unida a ella [2].

[1] Hch. 7:49; Jer. 23:24. [2] Col. 2:9; Jn. 3:13; 11:15; Mat. 28:6; Jn. 1:48.

DÍA DEL SEÑOR 18

49. ¿Qué beneficio recibimos de la ascensión de Cristo al cielo?

Primero, que Él es nuestro Abogado en la presencia de Su Padre en el cielo [1]. Segundo, que tenemos nuestra carne en el cielo como una garantía segura de

que, Él como la Cabeza, también nos llevará a nosotros, Sus miembros, hacía Sí mismo [2]. Tercero, que Él nos envía Su Espíritu como una garantía [3], por cuyo poder buscamos las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios, y no las cosas de la tierra [4].

[1] 1 Jn. 2:1; Rom. 8:34. [2] Jn. 14:2; 20:17; Ef. 2:6. [3] Jn. 14:16; Hch. 2:33; 2 Cor. 5:5. [4] Col. 3:1; Jn. 14:3; Heb. 9:24.

50. ¿Por qué se añade: «y está sentado a la diestra de Dios»?

Porque Cristo subió al cielo con este fin: para que pudiera aparecer allí como la Cabeza de Su Iglesia [1], por quien el Padre gobierna todas las cosas [2].

[1] Ef. 1:20–23; Col. 1:18. [2] Jn. 5:22; 1 Ped. 3:22; Sal. 110:1.

DÍA DEL SEÑOR 19

51. ¿Cómo nos beneficia esta gloria de Cristo, nuestra Cabeza?

Primero, que por Su Espíritu Santo Él derrama dones celestiales sobre nosotros, Sus miembros [1]; segundo, que por Su poder nos defiende y preserva en contra de todos nuestros enemigos [2].

[1] Ef. 4:10–12. [2] Sal. 2:9; Jn. 10:28–30; 1 Cor. 15:25–26; Hch. 2:33.

52. ¿Cómo te consuela que Cristo «vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos»?

Que en todos mis dolores y persecuciones, yo, con la cabeza erguida, espero a Aquel mismo que se ofreció por mí al juicio de Dios y removió toda maldición de mí, que regrese del cielo como Juez [1], quien echará a todos Sus enemigos y los míos a la condenación eterna [2]; pero a mí, con todos Sus elegidos, nos llevará con Él al gozo y gloria celestiales [3].

[1] Lc. 21:28; Rom. 8:23–24; Fil. 3:20–21; Tit. 2:13. [2] 2 Tes. 1:6, 10; 1 Tes. 4:16–18; Mat. 25:41. [3] Hch. 1:10–11; Heb. 9:28.

DIOS EL ESPÍRITU SANTO

DÍA DEL SEÑOR 20

53. ¿Qué crees acerca del «Espíritu Santo»?

Primero, que Él es Dios eterno junto con el Padre y el Hijo [1]. Segundo, que Él también me ha sido dado [2], y por medio de la verdadera fe me hace un participante de Cristo y de todos Sus beneficios [3], me consuela [4] y morará conmigo para siempre [5].

[1] Gén. 1:2; Isa. 48:16; 1 Cor. 3:16; 6:19; Hch 5:3-4. [2] Mat. 28:19; 2 Cor. 1:21-22. [3] 1 Ped. 1:2; 1 Cor. 6:17. [4] Hch. 9:31. [5] Jn. 14:16; 1 Ped. 4:14; 1 Jn. 4:13; Rom. 15:13.

DÍA DEL SEÑOR 21

54. ¿Qué crees acerca de la «santa Iglesia universal»?

Que de toda la raza humana [1], desde el principio hasta el fin del mundo [2], el Hijo de Dios [3], por Su Espíritu y Palabra [4], congrega, defiende y preserva para Sí mismo y para la vida eterna una comunión elegida [5] en la unidad de la verdadera fe [6]; y que yo soy, y permaneceré para siempre, un miembro vivo de esta comunión [7].

[1] Gén. 26:4. [2] Jn. 10:10. [3] Ef. 1:10-13. [4] Rom. 1:16; Isa. 59:21; Rom. 10:14-17; Ef. 5:26. [5] Rom. 8:29-30; Mat. 16:18; Ef. 4:3-6. [6] Hch. 2:46; Sal. 71:18; 1 Cor. 11:26; Jn. 10:28-30; 1 Cor. 1:8-9. [7] 1 Jn. 3:21; 1 Jn. 2:19; Gál. 3:28.

55. ¿Qué entiendes por la «comunión de los santos»?

Primero, que todos y cada uno de los creyentes, como miembros del Señor Jesucristo, son participantes con Él de todos Sus tesoros y dones [1]. Segundo, que cada uno tiene que sentirse obligado a usar sus dones pronta y gozosamente para el beneficio y bienestar de los otros miembros [2].

[1] 1 Jn. 1:3. [2] 1 Cor. 12:12-13, 21; 13:5-6; Fil. 2:4-6; Heb. 3:14.

56. ¿Qué crees acerca del «perdón de los pecados»?

Que Dios, por amor a la satisfacción de Cristo [1], no recordará más mis pecados, ni la naturaleza pecaminosa con la que tengo que luchar durante toda mi vida [2]; sino que generosamente me imputa la justicia de Cristo, para que nunca más sea condenado [3].

[1] 1 Jn. 2:2. [2] 2 Cor. 5:19, 21; Rom. 7:24-25; Sal. 103:3, 10-12; Jer. 31:34; Rom. 8:1-4. [3] Jn. 3:18; Ef. 1:7; Rom. 4:7-8; 7:18.

DÍA DEL SEÑOR 22

57. ¿Qué consuelo recibes de la «resurrección del cuerpo»?

Que no solamente mi alma después de esta vida será llevada inmediatamente a Cristo su Cabeza [1], sino que también este mi cuerpo, resucitado por el poder de Cristo, será unido otra vez con mi alma, y será hecho semejante al cuerpo glorioso de Cristo [2].

[1] Lc. 23:43; Fil. 1:21-23. [2] 1 Cor. 15:53-54; Job 19:25-27; 1 Jn. 3:2.

58. ¿Qué consuelo recibes del artículo de la «vida eterna»?

Que, puesto que ahora siento en mi corazón el principio del gozo eterno [1], después de esta vida poseeré una completa bienaventuranza, tal que ningún ojo ha visto, ni oído escuchado, ni ha entrado al corazón del hombre [2], para que por ello alabe a Dios para siempre [3].

[1] 2 Cor. 5:2–3. [2] 1 Cor. 2:9. [3] Jn. 17:3; Rom. 8:23; 1 Ped. 1:8.

DÍA DEL SEÑOR 23

59. ¿Cómo te ayuda ahora que crees todo esto?

Que soy justo en Cristo delante de Dios, y un heredero de la vida eterna [1].

[1] Hab. 2:4; Rom. 1:17; Jn. 3:36; Tit. 3:7; Rom. 5:1; Rom. 8:16.

60. ¿Cómo eres justo delante de Dios?

Solamente por la verdadera fe en Jesucristo [1]: es decir, aunque mi consciencia me acuse de que he

pecado gravemente en contra de todos los mandamientos de Dios, y nunca he guardado ninguno de ellos [2], y siempre estoy inclinado a todo mal [3]; no obstante, Dios, sin ningún mérito mío [4], por pura gracia [5], me otorga e imputa la perfecta satisfacción [6], justicia y santidad de Cristo [7], como si yo nunca hubiera cometido ni tenido ningún pecado, y como si yo mismo hubiese cumplido toda la obediencia que Cristo ha cumplido por mí [8], si tan solo acepto tal beneficio con un corazón creyente [9].

[1] Rom. 3:21–25; Gál. 2:16; Ef. 2:8–9; Fil. 3:9. [2] Rom. 3:9–10. [3] Rom. 7:23. [4] Tit. 3:5. [5] Rom. 3:24; Ef. 2:8. [6] 1 Jn. 2:2. [7] 1 Jn. 2:1; Rom. 4:4–5; 2 Cor. 5:19. [8] 2 Cor. 5:21. [9] Jn. 3:18; Rom. 3:28; Rom. 10:10.

61. ¿Por qué dices que eres justo por la fe solamente?

No porque yo sea aceptable a Dios por la dignidad de mi fe, sino porque solamente la satisfacción, justicia y santidad de Cristo es mi justicia delante de Dios [1]; y porque no puedo recibir de ninguna otra manera esa misma justicia y hacerla mía sino por la fe solamente [2].

[1] 1 Cor. 1:30; 2:2. [2] 1 Jn. 5:10. Isa. 53:5; Gál. 3:22; Rom. 4:16.

DÍA DEL SEÑOR 24

62. Pero, ¿por qué no pueden nuestras buenas obras ser el todo o parte de nuestra justicia delante de Dios?

Porque la justicia que puede permanecer delante del tribunal de Dios tiene que ser completamente perfecta y totalmente de acuerdo a la Ley divina [1]; en cambio, hasta nuestras mejores obras en esta vida son todas imperfectas y manchadas con el pecado [2].

[1] Gál. 3:10; Deut. 27:26. [2] Isa. 64:6; Stg. 2:10; Fil. 3:12.

63. ¿No merecen nada nuestras buenas obras, aunque es la voluntad de Dios recompensarlas en esta vida y en la venidera?

La recompensa no se da por mérito, sino por gracia [1].

[1] Lc. 17:10; Rom. 11:6.

64. Pero esta doctrina, ¿no hace a los hombres descuidados y profanos?

No, porque es imposible que aquellos que están implantados en Cristo por la verdadera fe, no produzcan frutos de gratitud [1].

[1] Mat. 7:18; Rom. 6:1-2; Jn. 15:5.

LOS SACRAMENTOS

DÍA DEL SEÑOR 25

65. Entonces, ya que somos hechos participantes de Cristo y de todos Sus beneficios por la fe solamente, ¿de dónde procede esta fe?

El Espíritu Santo produce la fe en nuestros corazones [1] por la predicación del Santo Evangelio, y la confirma por el uso de los santos sacramentos [2].

[1] Jn. 3:5; Rom. 10:17. [2] Rom. 4:11; Hch. 8:37.

66. ¿Qué son los sacramentos?

Los sacramentos son señales santas y visibles, y sellos instituidos por Dios para este fin: para que por su uso Él nos declare y selle con la mejor claridad la promesa del Evangelio, a saber, que por pura gracia nos confiere el perdón de pecados y la vida eterna por amor al único sacrificio de Cristo realizado en la cruz [1].

[1] Gén. 17:11; Rom. 4:11; Deut. 30:6; Heb. 9:8-9; Ezek. 20:12.

67. ¿Están tanto la Palabra como los sacramentos diseñados para dirigir nuestra fe al sacrificio de Cristo en la cruz como el único fundamento de nuestra salvación?

Así es verdaderamente, porque el Espíritu Santo nos enseña en el Evangelio y nos asegura por los santos sacramentos, que toda nuestra salvación se fundamenta en el único sacrificio de Cristo hecho por nosotros en la cruz [1].

[1] Rom. 6:3; Gál. 3:27; Heb. 9:12; Hch. 2:41-42.

68. ¿Cuántos sacramentos ha instituido Cristo en el Nuevo Testamento?

Dos: el Santo Bautismo y la Santa Cena.

EL SANTO BAUTISMO

DÍA DEL SEÑOR 26

69. ¿Cómo se significa y sella en ti en el Santo Bautismo que tú tienes parte en el único sacrificio de Cristo en la cruz?

De esta manera: que Cristo instituyó este lavamiento exterior con agua [1] y le unió esta promesa [2], «que soy lavado con Su sangre y Espíritu de la contaminación de mi alma, es decir, de todos mis pecados, tan ciertamente como soy lavado externamente con agua, por la cual se quita comúnmente la suciedad del cuerpo» [3].

[1] Mat. 28:19-20; Hch. 2:38. [2] Mat. 3:11; Mrc. 16:16; Rom. 6:3-4. [3] Mrc. 1:4.

70. ¿Qué es ser lavado con la sangre y Espíritu de Cristo?

Es tener el perdón de pecados de Dios por gracia, por amor a la sangre de Cristo, la cual Él derramó por nosotros en Su sacrificio en la cruz [1]; y también ser renovados por el Espíritu Santo y santificados para ser miembros de Cristo, a fin de que muramos más y más al pecado y llevemos vidas santas y sin mancha [2].

[1] Heb. 12:24; 1 Ped. 1:2; Ap. 1:5; Zech. 13:1; Ez. 36:25-27. [2] Jn. 1:33; 3:3; 1 Cor. 6:11; 12:13; Heb. 9:14.

71. ¿Dónde ha prometido Cristo que somos verdaderamente lavados con Su sangre y Espíritu al ser lavados con el agua del bautismo?

En la institución del Bautismo que dice: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» [1]. «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» [2]. Esta promesa se repite también donde la Escritura llama al Bautismo el lavamiento de la regeneración [3] y el lavamiento de pecados [4].

[1] Mat. 28:19 [2] Mrc. 16:16. [3] Tit. 3:5. [4] Hch. 22:16.

DÍA DEL SEÑOR 27

72. Entonces, ¿es el mismo lavamiento externo con agua el lavamiento de los pecados?

No [1], porque solamente la sangre de Jesucristo y el Espíritu Santo nos limpian de todo pecado [2].

[1] 1 Ped. 3:21; Ef. 5:26. [2] 1 Jn. 1:7; 1 Cor. 6:11.

73. Entonces, ¿por qué el Espíritu Santo llama al Bautismo el lavamiento de la regeneración y el lavamiento de pecados?

Dios habla así por una poderosa razón, a saber, no solamente para enseñarnos que tal como la suciedad del cuerpo se quita con el agua, así también nuestros pecados se quitan con la sangre y el Espíritu de Cristo [1]; sino mucho más, para que por esta divina promesa y señal nos asegure que realmente somos tan lavados de nuestros pecados espiritualmente así como nuestros cuerpos son lavados con agua [2].

[1] Ap. 7:14. [2] Mrc. 16:16; Hch. 2:38.

74. ¿También se debe bautizar a los infantes?

Sí, porque ya que ellos, al igual que sus padres, pertenecen al pacto y pueblo de Dios [1], y a través de la sangre de Cristo [2] tanto la redención del pecado y el Espíritu Santo, quien produce la fe, se les promete a ellos no menos que a sus padres [3], ellos deben ser también incorporados a la Iglesia cristiana por medio del Bautismo, como una señal del pacto, y diferenciados de los hijos de los incrédulos [4], como se hacía en el Antiguo Testamento por la circuncisión [5], en lugar de la cual se ha instituido el Bautismo en el Nuevo Testamento [6].

[1] Gén. 17:7. [2] Mat. 19:14. [3] Lc. 1:14–15; Sal. 22:10; Hch. 2:39. [4] Hch. 10:47 [5] Gén. 17:14. [6] Col. 2:11–13.

LA SANTA CENA

DÍA DEL SEÑOR 28

75. ¿Cómo se significa y sella en ti en la Santa Cena que tú participas del único sacrificio de Cristo en la cruz y de todos Sus beneficios?

De esta manera: que Cristo me ha mandado a mí y a todos los creyentes comer de este pan partido y beber de esta copa en memoria de Él, y ha unido a ellos estas promesas [1]: primero, que Su cuerpo fue ofrecido y partido en la cruz por

mí, y Su sangre derramada por mí de una manera tan real como cuando veo con mis ojos que el pan del Señor es partido por mí y la copa me es comunicada; y segundo, que con Su cuerpo crucificado y sangre derramada Él mismo alimenta y nutre mi alma para vida eterna de una manera tan real como cuando recibo de la mano del ministro y pruebo con mi boca el pan y la copa del Señor, los cuales me son dados como señales verdaderas del cuerpo y sangre de Cristo.

[1] Mat. 26:26–28; Mrc. 14:22–24; Lc. 22:19–20; 1 Cor. 10:16–17; 11:23–25; 12:13.

76. ¿Qué significa comer el cuerpo crucificado y beber la sangre derramada de Cristo?

Significa no solamente aceptar con un corazón creyente todos los sufrimientos y muerte de Cristo, y por ello obtener el perdón de pecados y la vida eterna [1]; sino además de eso, estar de tal manera unido más y más a Su sagrado cuerpo por el Espíritu Santo [2], quien mora tanto en Cristo como en nosotros, que, aunque Él está en el cielo [3] y nosotros en la tierra, no obstante somos carne de Su carne y hueso de Sus huesos [4], y vivimos y somos gobernados para siempre por un Espíritu, como los miembros del mismo cuerpo son gobernados por un alma [5].

[1] Jn. 6:35, 40, 47–48, 50–54. [2] Jn. 6:55–56. [3] Hch. 3:21; 1 Cor. 11:26. [4] Ef. 3:16–19; 5:29–30, 32; 1 Cor. 6:15, 17, 19; 1 Jn. 4:13. [5] Jn. 14:23; Jn. 6:56–58; Jn. 15:1–6; Ef. 4:15–16; Jn. 6:63.

77. ¿Dónde ha prometido Cristo que Él en verdad alimentará y nutrirá a los creyentes con Su cuerpo y sangre de una manera tan real como cuando ellos comen de este pan partido y beben de esta copa?

En la institución de la Cena que dice: «Que el Señor, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es Mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de Mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en Mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de Mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga» [1].

Y el Apóstol Pablo repite también esta promesa donde dice: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan» [2].

[1] 1 Cor. 11:23–26. [2] 1 Cor. 10:16–17.

DÍA DEL SEÑOR 29

78. Entonces, ¿el pan y el vino se convierten en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo?

No, sino que así como el agua en el Bautismo no se convierte en la sangre de Cristo, ni llega a ser el lavamiento mismo de los pecados, siendo únicamente la señal divina y la confirmación del lavamiento [1], así también en la Cena del Señor el pan sagrado [2] no se convierte en el cuerpo mismo de Cristo, aunque de acuerdo a la naturaleza y uso de los sacramentos es llamado el cuerpo de Cristo [3].

[1] Mat. 26:29. [2] 1 Cor. 11:26–28. [3] Ex. 12:26–27, 43, 48; 1 Cor. 10:1–4.

79. Entonces, ¿por qué Cristo llama al pan Su cuerpo, y a la copa Su sangre, o el Nuevo Testamento en Su sangre; y el Apóstol Pablo, la comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo?

Cristo habla así por una poderosa razón, a saber, no solamente para enseñarnos por ello, que así como el pan y el vino sustentan esta vida temporal, así también Su cuerpo crucificado y sangre derramada son la verdadera comida y bebida de nuestras almas para la vida eterna [1]; sino mucho más, ya que por esta señal y garantía visible nos asegura que tan verdaderamente somos participantes de Su verdadero cuerpo y sangre por la obra del Espíritu Santo, como cuando recibimos por la boca del cuerpo estas santas señales en memoria de Él [2]; y que todos Sus sufrimientos y obediencia son tan ciertamente nuestros, como si nosotros mismos hubiéramos sufrido y hecho todo en nuestra propia persona.

[1] Jn. 6:51–55 (ver la pregunta 76). [2] 1 Cor. 10:16–17 (ver la pregunta 78).

DÍA DEL SEÑOR 30

80. ¿Qué diferencia hay entre la Cena del Señor y la Misa del Papa?

La Cena del Señor nos testifica que tenemos perdón completo de todos nuestros pecados por el único sacrificio de Jesucristo, que Él mismo realizó una sola vez en la cruz [1]; y que por el Espíritu Santo somos injertados en Cristo [2], quien, con Su verdadero cuerpo está ahora en el cielo a la derecha del Padre [3], y allí debe ser adorado [4]. Pero la Misa enseña que los vivos y los muertos no tienen el perdón de pecados a través de los sufrimientos de Cristo, a menos que Cristo todavía sea diariamente ofrecido a favor de ellos por los sacerdotes, y que Cristo está corporalmente bajo la forma del pan y el vino, y por lo tanto debe ser adorado en ellos. Y de este modo, la Misa fundamentalmente no es otra cosa que una negación del único sacrificio y sufrimiento de Jesucristo [5], y una idolatría maldita.

[1] Heb. 7:27; 9:12, 25–28; 10:10, 12, 14; Jn. 19:30. [2] 1 Cor. 6:17. [3] Heb. 1:3; 8:1. [4] Jn. 4:21–24; 20:17; Lc. 24:52; Hch. 7:55; Col. 3:1; Fil. 3:20–21; 1 Tes. 1:9–10. [5] Ver Hebreos capítulos 9 y 10; Mat. 4:10.

81. ¿Quiénes deben venir a la Mesa del Señor?

Aquellos que están indignados consigo mismos por sus pecados, mas sin embargo confían que estos pecados les son perdonados, y que sus debilidades que aún les quedan son cubiertas por el sufrimiento y muerte de Cristo; también aquellos que desean fortalecer más y más su fe y corregir sus vidas. Pero los que no se arrepienten y los hipócritas comen y beben juicio para sí mismos [1].

[1] 1 Cor. 10:19–22; 11:28–29; Sal. 51:3; Jn. 7:37–38; Sal. 103:1–4; Mat. 5:6.

82. Entonces, ¿también debe admitirse a esta Cena a aquellos que por su confesión y vida demuestran que son incrédulos e impíos?

No, porque de ese modo se profana el pacto de Dios y se provoca Su ira en contra de toda la congregación [1]; por lo tanto, la Iglesia cristiana está obligada, de acuerdo a la orden de Cristo y de Sus Apóstoles, a excluir a tales personas por el Oficio de las Llaves hasta que corrijan sus vidas.

[1] 1 Cor. 11:20, 34a; Isa. 1:11–15; 66:3; Jer. 7:21–23; Ps. 50:16–17; Matt. 7:6; 1 Cor. 11:30–32; Tit. 3:10–11; 2 Tes. 3:6.

DÍA DEL SEÑOR 31

83. ¿Qué es el Oficio de las Llaves?

La predicación del Santo Evangelio y la disciplina cristiana; por estas dos el reino de los cielos se abre a los creyentes y se cierra en contra de los incrédulos [1].

[1] Mat. 16:18–19; 18:18; Jn. 20:23; Lc. 24:46–47; 1 Cor. 1:23f.

84. ¿Cómo se abre y se cierra el reino de los cielos por la predicación del Santo Evangelio?

De esta manera: cuando, de acuerdo al mandamiento de Cristo, se proclama y testifica abiertamente a todos y cada uno de los creyentes, que siempre que ellos aceptan con verdadera fe la promesa del Evangelio, todos sus pecados les son verdaderamente perdonados por Dios por amor a los méritos de Cristo; y al contrario, a todos los que no creen, y a los hipócritas, que la ira de Dios y la condenación eterna permanecen sobre ellos siempre y cuando no se conviertan [1]. De acuerdo a este testimonio del Evangelio, Dios juzgará a los hombres tanto en esta vida como en la venidera.

[1] Jn. 20:21–23; Hch. 10:43; Isa. 58:1; 2 Cor. 2:15–16; Jn. 8:24.

85. ¿Cómo se cierra y abre el reino de los cielos por la disciplina cristiana?

De esta manera: si, de acuerdo al mandamiento de Cristo, aquellos que bajo el nombre de cristianos demuestran ser defectuosos en doctrina o en vida, y después de varias amonestaciones fraternales, no se arrepienten de sus errores o malos caminos, son denunciados a la iglesia o a sus oficiales; y, si también se niegan a escuchar a la iglesia y a sus oficiales, ellos les niegan los santos sacramentos y por ello se les excluye de la comunión cristiana, y por Dios mismo, del reino de Cristo; y si ellos prometen y muestran verdadera corrección, son nuevamente recibidos como miembros de Cristo y de Su iglesia [1].

[1] Mat. 18:15–18; 1 Cor. 5:3–5, 11; 2 Tes. 3:14–15; 2 Jn. 1:10–11.

TERCERA PARTE: GRATITUD

DÍA DEL SEÑOR 32

86. Entonces, puesto que somos redimidos de nuestra miseria por gracia a través de Cristo, sin ningún mérito nuestro, ¿por qué tenemos que hacer buenas obras?

Porque Cristo, habiéndonos redimido por Su sangre, también nos renueva por Su Santo Espíritu de acuerdo a Su imagen, para que con toda nuestra vida nos mostremos agradecidos a Dios por Su bendición [1], y para que Él sea glorificado por medio de nosotros [2]; también, para que nosotros mismos estemos seguros de nuestra fe por los frutos de la misma [3]; y por nuestra conducta piadosa ganemos también a otros para Cristo [4].

[1] Rom. 6:13; 12:1–2; 1 Ped. 2:5, 9–10; 1 Cor. 6:20. [2] Mat. 5:16; 1 Ped. 2:12. [3] Mat. 7:17–18; Gál. 5:6, 22–23. [4] Rom. 14:19; 1 Ped. 3:1–2; 2 Ped. 1:10.

87. Entonces, ¿no pueden salvarse aquellos que no se convierten a Dios, y no abandonan su vida de ingratitud e impenitencia?

De ninguna manera, porque, como dice la Escritura, ningún fornicario, idólatra, adúltero, ladrón, codicioso, borracho, maldiciente y demás heredarán el reino de Dios [1].

[1] 1 Cor. 6:9–10; Ef. 5:5–6; 1 Jn. 3:14–15.

DÍA DEL SEÑOR 33

88. ¿De cuántas partes se compone el verdadero arrepentimiento o conversión?

De dos: la muerte del viejo hombre, y la vivificación del nuevo [1].

[1] Rom. 6:4–6; Ef. 4:22–24; Col. 3:5–10; 1 Cor. 5:7.

89. ¿Qué es la muerte del viejo hombre?

Un dolor sincero por el pecado, que nos haga odiarlo y abandonarlo más y más [1].

[1] Rom. 8:13; Joel 2:13.

90. ¿Qué es la vivificación del nuevo hombre?

Un gozo sincero en Dios a través de Cristo [1], que nos haga deleitarnos en vivir de acuerdo a la voluntad de Dios en toda clase de buenas obras [2].

[1] Rom. 5:1; 14:17; Isa. 57:15. [2] Rom. 8:10–11; Gál. 2:20; Rom. 7:22.

91. ¿Qué son las buenas obras?

Solamente aquellas que proceden de la verdadera fe [1], que se hacen de acuerdo a la Ley de Dios [2], y para Su gloria [3]; y no las que descansan en nuestra propia opinión [4] o en mandamientos de hombres [5].

[1] Rom. 14:23. [2] 1 Sam. 15:22; Ef. 2:10. [3] 1 Cor. 10:31. [4] Deut. 12:32; Ez. 20:18, 20; Isa. 29:13. [5] Mat. 15:9; Núm. 15:39.

LA LEY DE DIOS

92. ¿Cuál es la Ley de Dios?

«Y habló Dios todas estas palabras diciendo»:

Primer Mandamiento

«Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de Mí».

Segundo Mandamiento

«No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás, porque Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que Me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que Me aman y guardan Mis mandamientos».

Tercer Mandamiento

«No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tome Su Nombre en vano».

Cuarto Mandamiento

«Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó».

Quinto Mandamiento

«Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da».

Sexto Mandamiento

«No matarás».

Séptimo Mandamiento

«No cometerás adulterio».

Octavo Mandamiento

«No robarás».

Noveno Mandamiento

«No hablarás contra tu prójimo falso testimonio».

Décimo Mandamiento

«No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo» [1].

[1] Ex. 20; Deut. 5; Matt. 5:17–19; Rom. 10:5; Rom. 3:31; Sal. 119:9.

DÍA DEL SEÑOR 34

93. ¿Cómo se dividen estos mandamientos?

En dos tablas [1]: la primera enseña, en cuatro mandamientos, las obligaciones que le debemos a Dios; la segunda, en seis, las obligaciones que le debemos a nuestro prójimo [2].

[1] Ex. 34:28; Deut. 4:13. [2] Mat. 22:37–40.

94. ¿Qué ordena Dios en el primer mandamiento?

Que yo, si no quiero poner en riesgo mi salvación, evite y huya de toda idolatría [1], hechicería, encantamientos [2], invocación de santos o de otras criaturas [3]; y que yo reconozca correctamente al único verdadero Dios[4], confíe en Él solamente [5], con toda humildad [6] y paciencia [7] espere todo bien de Él solamente [8], y lo ame [9], tema [10] y honre [11] con todo mi corazón; de tal manera que renuncie a todas las criaturas antes que cometer la menor cosa en contra de Su voluntad [12].

[1] 1 Cor. 10:7, 14. [2] Lev. 19:31; Deut. 18:10–12. [3] Mat. 4:10; Ap. 19:10; 22:8–9. [4] Jn. 17:3. [5] Jer. 17:5. [6] 1 Ped. 5:5–6. [7] Heb. 10:36; Col. 1:10b–11; Rom. 5:3–4; 1 Cor. 10:10. [8] Sal. 104:27–30; Isa. 45:6b–7; Stg. 1:17. [9] Deut. 6:5. [10] Deut. 6:2. [11] Deut. 10:20. [12] Mat. 5:29–30; 10:37; Hch. 5:29.

95. ¿Qué es la idolatría?

La idolatría es concebir o tener algo más en lo cual pongamos nuestra confianza en lugar de, o junto al, único verdadero Dios que se ha revelado a Sí mismo en Su Palabra [1].

[1] Ef. 5:5; Fil. 3:19; Ef. 2:12; Jn. 2:23; 2 Jn. 1:9; Jn. 5:23; Sal. 81:8–9; Mat. 6:24; Sal. 62:5–7 Sal. 73:25f.

DÍA DEL SEÑOR 35

96. ¿Qué ordena Dios en el segundo mandamiento?

Que de ninguna manera hagamos alguna imagen de Dios [1], ni lo adoremos de ninguna otra forma que la que Él nos ha mandado en Su Palabra [2].

[1] Deut. 4:15–19; Isa. 40:18, 25. Rom. 1:22–24; Hch. 17:29. [2] 1 Sam. 15:23; Deut. 12:30–32; Mat. 15:9; Deut. 4:23–24; Jn. 4:24.

97. ¿No debemos hacer en lo absoluto ninguna imagen?

Dios no debe ni puede ser representado de ninguna manera; con respecto a las criaturas, aunque puedan ser representadas, sin embargo Dios prohíbe hacer o

tener cualquier imagen de ellas, ya sea para adorarlas, o servir a Dios por medio de ellas [1].

[1] Ex. 23:24–25; 34:13–14; Deut.7:5; 12:3; 16:22; 2 Reyes. 18:4; Jn. 1:18.

98. Pero, ¿no deben tolerarse las imágenes en las iglesias como libros para la gente?

No, porque no debemos ser más sabios que Dios, quien no quiere enseñar a Su pueblo por imágenes mudas [1], sino por la predicación viva de Su Palabra [2].

[1] Jer. 10:8; Hab. 2:18–19. [2] 2 Ped. 1:19; 2 Tim. 3:16–17; Rom. 10:17.

DÍA DEL SEÑOR 36

99. ¿Qué se ordena en el tercer mandamiento?

Que no profanemos o abusemos del Nombre de Dios por medio de maldiciones [1], falsos juramentos [2], ni tampoco por juramentos innecesarios [3]; ni tampoco que por nuestro silencio y complicidad con otros, participemos de estos horribles pecados; y en resumen, que solamente usemos el santo Nombre de Dios con temor y reverencia [4], para que así Él sea correctamente confesado [5] y adorado por nosotros [6], y sea glorificado en todas nuestras palabras y acciones [7].

[1] Lev. 24:10–16. [2] Lev. 19:12. [3] Mat. 5:37; Stg. 5:12. [4] Isa. 45:23. [5] Mat. 10:32. [6] 1 Tim. 2:8. [7] Rom. 2:24; 1 Tim. 6:1; Col. 3:16–17; 1 Ped. 3:15.

100. ¿Es la profanación del nombre de Dios por medio de juramentos y maldiciones, un gravísimo pecado que Su ira se enciende también en contra de aquellos que no ayudan en lo que pueden a detener y prohibir este pecado?

Absolutamente [1], porque no hay pecado más grande y que más provoque a Dios que la profanación de Su Nombre; por esa razón, Él incluso mandó que fuese castigado con la muerte [2].

[1] Lev. 5:1 [2] Lev. 24:15–16; Lev. 19:12; Prov. 29:24–25.

DÍA DEL SEÑOR 37

101. Pero, ¿podemos jurar reverentemente en el Nombre de Dios?

Sí, cuando el gobierno lo requiera, o cuando por otra razón sea necesario, para mantener y promover la fidelidad y la verdad para la gloria de Dios y el bien de nuestro prójimo; pues tal forma de jurar está fundamentada en la Palabra de

Dios [1], y por lo tanto fue usada correctamente por los santos en el Antiguo y Nuevo Testamentos [2].

[1] Deut. 10:20; Isa. 48:1; Heb. 6:16. [2] Gén. 21:24; 31:53–54; Jos. 9:15, 19; 1 Sam. 24:22; 1 Reyes. 1:29; Rom. 1:9.

102. ¿Podemos jurar por «los santos» o por cualquier otra criatura?

No, porque un juramento legítimo es una invocación de Dios, para que Él, como el único escudriñador del corazón, dé testimonio de la verdad y me castigue si juro falsamente [1]; este honor no le corresponde a ninguna criatura [2].

[1] 2 Cor. 1:23. [2] Mat. 5:34–36; Jer. 5:7; Isa. 65:16.

DÍA DEL SEÑOR 38

103. ¿Qué ordena Dios en el cuarto mandamiento?

En primer lugar, Dios desea que se mantengan el ministerio del Evangelio y de las escuelas [1]; y que yo, especialmente en el día de reposo, asista diligentemente a la Iglesia [2] para aprender la Palabra de Dios [3], para usar los santos sacramentos [4], para invocar públicamente el nombre de Dios [5], y para ofrendar como cristiano [6]. En segundo lugar, que todos los días de mi vida descanse de mis malas obras, y permita que el Señor actúe en mí por Su Espíritu, y de este modo empiece en esta vida el sábado eterno [7].

[1] Tit. 1:5; 1 Tim. 3:14–15; 4:13–14; 5:17; 1 Cor. 9:11, 13–14. [2] 2 Tim. 2:2, 15; Sal. 40:10–11; 68:26; Hch. 2:42, 46. [3] 1 Cor. 14:19, 29, 31. [4] 1 Cor. 11:33. [5] 1 Tim. 2:1–2, 8–10; 1 Cor. 14:16. [6] 1 Cor. 16:2. [7] Isa. 66:23; Gál. 6:6; Hch. 20:7; Heb. 4:9–10.

DÍA DEL SEÑOR 39

104. ¿Qué ordena Dios en el quinto mandamiento?

Que yo muestre todo honor, amor y fidelidad a mi padre y a mi madre [1], y a toda autoridad sobre mí [2]; que me someta con debida obediencia a toda su buena instrucción y corrección, y que también soporte pacientemente sus debilidades, ya que es la voluntad de Dios gobernarnos por medio de ellos [3].

[1] Ef. 6:22; Ef. 6:1–6; Col. 3:18, 20–24; Prov. 1:8–9; 4:1; 15:20; 20:20; Ex. 21:17; Gen. 9:24–25. [2] Rom. 13:1; 1 Ped. 2:18; Rom. 13:2–7; Mat. 22:21. [3] Ef. 6:4, 9; Col. 3:19, 21; Prov. 30:17; Deut. 27:16; Deut. 32:24; Prov. 13:24; 1 Tim. 2:1–2; 1 Tim. 5:17; Heb. 13:17–18.

DÍA DEL SEÑOR 40

105. ¿Qué ordena Dios en el sexto mandamiento?

Que yo no injurie, odie, insulte o mate a mi prójimo ya sea en pensamiento, palabra o actitud, y mucho menos por mis acciones, ya sea por mí mismo o por

alguien más [1], sino que renuncie a todo deseo de venganza [2]; además, que no me haga daño a mí mismo, ni que obstinadamente me exponga al peligro [3]. Por eso es que también para impedir el asesinato el gobierno está armado con la espada [4].

[1] Mat. 5:21–22; 26:52; Gén. 9:6. [2] Ef. 4:26; Rom. 1:19; Mat. 5:25; 18:35. [3] Mat. 4:7; Rom. 13:14; Col. 2:23. [4] Ex. 21:14; Mat. 18:6–7.

106. ¿Este mandamiento habla solamente de matar?

No, sino que al prohibir el asesinato, Dios nos enseña que Él aborrece Su misma raíz, a saber, la envidia [1], el odio [2], la ira [3] y el deseo de venganza; y que a Su vista todos estos son asesinatos ocultos [4].

[1] Rom. 1:28–32. [2] 1 Jn. 2:9–11. [3] Stg. 2:13; Gál. 5:19–21. [4] 1 Jn. 3:15 Stg. 3:16; **1:19**.

107. Pero, ¿todo lo que se nos ordena es que no matemos a nuestro prójimo?

No, porque al condenar la envidia, el odio y la ira, Dios nos ordena que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos [1], que mostremos paciencia, paz, mansedumbre [2], misericordia [3] y amabilidad [4] hacia el prójimo, y prevenirle cualquier daño tanto como sea posible [5]; también, que hagamos bien incluso a nuestros enemigos [6].

[1] Mat. 7:12; 22:39. [2] Ef. 4:2; Gál. 6:1–2; Rom. 12:18. [3] Mat. 5:7; Lc. 6:36. [4] Rom. 12:10. [5] Ex. 23:5. [6] Mat. 5:44–45; Rom. 12:20–21; Col. 3:12–14; Mat. 5:9.

DÍA DEL SEÑOR 41

108. ¿Qué nos enseña el séptimo mandamiento?

Que Dios maldice toda impureza [1], y que nosotros por lo tanto tenemos que detestarla con todo nuestro corazón [2], y vivir santa y decorosamente [3], ya sea en el santo estado de matrimonio o en la vida de soltería [4].

[1] Lev. 18:27–28. [2] Judas 1:22–23. [3] 1 Tes. 4:3–5. [4] Heb. 13:4; 1 Cor. 7:1–4.

109. ¿Sólo prohíbe Dios en este mandamiento el adulterio y otros pecados ofensivos semejantes?

Puesto que nuestro cuerpo y alma son templos del Espíritu Santo, es la voluntad de Dios que los preservemos puros y santos; por lo tanto, Él prohíbe todas las acciones impuras, gestos, palabras [1], pensamientos, deseos [2] y cualquier cosa que nos incite a ello [3].

[1] Ef. 5:3–4; 1 Cor. 6:18–20. [2] Mt. 5:27–30. [3] Ef. 5:18–19; 1 Cor. 15:33.

DÍA DEL SEÑOR 42

110. ¿Qué prohíbe Dios en el octavo mandamiento?

Dios prohíbe no solamente el robo [1] y la estafa [2] que son castigados por el gobierno, sino que Dios ve como robo también todas las malvadas trampas y artefactos por los cuales buscamos adueñarnos de los bienes de nuestro prójimo, ya sea por la fuerza o por engaño [3], tales como pesas injustas [4], medidas [5], productos, monedas, usura [6] o por medio de cualquier medio prohibido por Dios; también prohíbe toda codicia [7] y el mal uso y desperdicio de Sus dones [8].

[1] 1 Cor. 6:10. [2] 1 Cor. 5:10. [3] Lc. 3:14; 1 Tes. 4:6. [4] Prov. 11:1; 16:11. [5] Ez. 45:9–10. Deut. 25:13–15. [6] Sal. 15:5; Lc. 6:35. [7] 1 Cor. 6:10. [8] Prov. 5:10; 1 Tim. 6:10; Jn. 6:12.

111. Pero, ¿qué te ordena Dios en este mandamiento?

Que yo promueva el bien de mi prójimo donde y siempre que pueda, que lo trate como quisiera que otros me traten a mí [1], y que trabaje fielmente para que pueda ayudar a los pobres en sus necesidades [2].

[1] Mat. 7:12. [2] Ef. 4:28; Fil. 2:4; Gén. 3:19; 1 Tim. 6:6–7.

DÍA DEL SEÑOR 43

112. ¿Qué ordena el noveno mandamiento?

Que no dé falso testimonio en contra de nadie [1], que no malinterprete las palabras de los demás [2], que no sea calumniador o difamador [3], que no me una en condenar a nadie apresuradamente o sin haberlo escuchado [4]; sino que bajo amenaza de la ira de Dios, evite toda mentira y engaño [5] como las mismas obras del diablo [6]; y que en asuntos de juicio y justicia como en cualquier otro asunto, ame, hable honestamente y confiese la verdad [7]; también, en la medida de mis posibilidades, que defienda y promueva el buen nombre de mi prójimo [8].

[1] Prov. 19:5, 9. [2] Sal. 15:3. [3] Rom. 1:28–30. [4] Mat. 7:1–2. Lc. 6:37. [5] Jn. 8:44. [6] Prov. 12:22; 13:5. [7] 1 Cor. 13:6; Ef. 4:25. [8] 1 Ped. 4:8; Jn. 7:24, 51; 1 Ped. 2:21, 23; Col. 4:6; 1 Ped 3:9.

DÍA DEL SEÑOR 44

113. ¿Qué ordena el décimo mandamiento?

Que ni la más mínima inclinación o pensamiento en contra de cualquier mandamiento de Dios jamás entre a nuestro corazón, sino que con todo nuestro corazón continuamente odiemos todo pecado y nos gocemos en toda justicia [1].

[1] Rom. 7:7–8; Prov. 4:23; Stg. 1:14–15; Mat. 15:11, 19–20.

114. ¿Pueden aquellos que se convierten a Dios guardar estos mandamientos perfectamente?

No, sino que incluso los hombres más santos, mientras que estén en esta vida, tienen solamente un pequeño principio de una obediencia perfecta [1]; mas sin embargo, con un genuino propósito ellos empiezan a vivir no solamente de acuerdo a algunos, sino de acuerdo a todos los mandamientos de Dios [2].

[1] 1 Jn. 1:8–10; Rom. 7:14–15; Ecl. 7:20. [2] Rom. 7:22; Stg. 2:10–11; Job 9:2–3; Sal. 19:13.

115. Entonces, ¿por qué Dios nos ordena tan estrictamente los Diez Mandamientos, ya que en esta vida nadie los puede obedecer?

Primero, para que durante toda nuestra vida podamos aprender más y más a conocer nuestra naturaleza pecaminosa [1], y deseemos con todo fervor buscar el perdón de pecados y la justicia en Cristo [2]; segundo, para que sin cesar le pidamos diligentemente a Dios la gracia del Espíritu Santo para ser renovados más y más conforme a la imagen de Dios, hasta que alcancemos la meta de la perfección después de esta vida [3].

[1] 1 Jn. 1:9; Sal. 32:5. [2] Rom. 7:24–25. [3] 1 Cor. 9:24–25; Fil. 3:12–14; Mat. 5:6; Sal. 51:12.

LA ORACIÓN

DÍA DEL SEÑOR 45

116. ¿Por qué es necesaria la oración para los cristianos?

Porque es la parte principal de la gratitud que Dios requiere de nosotros [1], y porque Dios dará Su gracia y Santo Espíritu solamente a aquellos que fervorosamente y sin cesar se lo piden a Él, y le dan gracias por ellos [2].

[1] Sal. 50:14–15. [2] Mat. 7:7–8; Lc. 11:9–10, 13; Mat. 13:12; Ef. 6:18.

117. ¿Cuáles son las partes de una oración que es aceptable a Dios y que Él escuchará?

Primero, que con todo nuestro corazón [1] le pidamos al único verdadero Dios, quien se nos ha revelado en Su Palabra [2], todo lo que Él nos ha mandado que le pidamos [3]; segundo, que conozcamos completamente nuestra necesidad y miseria [4], para que nos humillemos en la presencia de Su divina majestad [5]; tercero, que estemos firmemente seguros [6] de que a pesar de nuestra indignidad, Él, por amor a Cristo nuestro Señor, con certeza escuchará nuestra oración [7], tal y como nos lo ha prometido en Su Palabra [8].

[1] Jn. 4:22–24. [2] Rom. 8:26; 1 Jn. 5:14. [3] Sal. 27:8. [4] 2 Crón. 20:12. [5] Sal. 2:10; 34:18; Isa. 66:2. [6] Rom. 10:14; Stg. 1:6. [7] Jn. 14:13–16; Dan. 9:17–18. [8] Mat. 7:8; Sal. 143:1; Lc. 18:13.

118. ¿Qué nos ha mandado Dios que le pidamos?

Todas las cosas necesarias para el alma y el cuerpo [1], las cuales Cristo nuestro Señor ha resumido en la oración que Él mismo nos enseñó.

[1] Stg. 1:17. Mat. 6:33. 1 Ped. 5:7. Fil. 4:6.

119. ¿Cuál es la Oración del Señor?

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu Nombre. Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén» [1].

[1] Mat. 6:9–13; Lc. 11:2–4.

DÍA DEL SEÑOR 46

120. ¿Por qué Cristo nos mandó dirigirnos a Dios diciendo: «Padre nuestro»?

Para despertar en nosotros desde el mero principio de nuestra oración una reverencia tal como la de un niño y una confianza en Dios, las cuales deben ser el fundamento de nuestra oración, a saber, que Dios ha llegado a ser nuestro Padre a través de Cristo, y que Él nos dará lo que le pidamos con fe con una seguridad mayor con la que nuestros padres nos dan cosas terrenales [1].

[1] Mat. 7:9–11; Lc. 11:11–13; 1 Ped. 1:17; Isa. 63:16.

121. ¿Por qué se añade: «en los cielos»?

Para que no tengamos ninguna idea terrenal de la majestad celestial de Dios [1], y que esperemos de Su poder todopoderoso todas las cosas necesarias para el cuerpo y el alma [1].

[1] Jer. 23:23–24; Hch. 17:24–25, 27. [2] Rom. 10:12; 1 Reyes. 8:28; Sal. 115:3.

DÍA DEL SEÑOR 47

122. ¿Cuál es la primera petición?

«Santificado sea Tu Nombre», es decir, concédenos primeramente conocerte correctamente [1], y santificar, magnificar y alabarte en todas Tus obras, en las cuales brillan Tu poder, bondad, justicia, misericordia y verdad [2]; y segundo, para que ordenemos toda nuestra vida, nuestros pensamientos, palabras y

acciones para que Tu Nombre no sea blasfemado, sino honrado y alabado por nosotros [3].

[1] Jn. 17:3; Mat. 16:17; Stg. 1:5; Sal. 119:105. [2] Sal. 119:137; Rom. 11:33–36. [3] Sal. 71:8; Sal. 100:3–4; Sal. 92:1–2; Ef. 1:16–17; Sal. 71:16.

DÍA DEL SEÑOR 48

123. ¿Cuál es la segunda petición?

«Venga Tu reino», es decir, gobiéranos de tal manera por Tu Palabra y Espíritu, para que nos sometamos a Ti siempre más y más [1]; preserva y haz crecer a Tu Iglesia [2]; destruye las obras del diablo, todo poder que se exalte contra Ti, y todas las impías estrategias que se forman contra Tu Santa Palabra [3], hasta que venga la plenitud de Tu reino [4], cuando Tú serás todo en todos [5].

[1] Sal. 119:5; 143:10. [2] Sal. 51:18; 122:6–7. [3] 1 Jn. 3:8; Rom. 16:20. [4] Ap. 22:17, 20; Rom. 8:22–23. [5] 1 Cor. 15:28; Sal. 102:12–13; Heb. 12:28; Ap. 11:15; 1 Cor. 15:24.

DÍA DEL SEÑOR 49

124. ¿Cuál es la tercera petición?

«Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra», es decir, concede que nosotros y todos los hombres renunciemos a nuestra propia voluntad [1], y que sin rebelarnos obedezcamos Tu voluntad, que es la única buena [2]; para que cada uno pueda cumplir su oficio y vocación tan voluntaria y fielmente [3] como lo hacen los ángeles en el cielo [4].

[1] Mat. 16:24. [2] Lc. 22:42; Tit. 2:12. [3] 1 Cor. 7:24. [4] Sal. 103:20–21; Rom. 12:2; Heb. 13:21.

DÍA DEL SEÑOR 50

125. ¿Cuál es la cuarta petición?

«El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy», es decir, dignate en proveer todo lo que necesitamos para el cuerpo [1], para que por ello reconozcamos que Tú eres la única fuente de todo bien [2], y que sin Tu bendición ni nuestros cuidados y trabajo, ni Tus dones, nos pueden beneficiar [3]; para que, por esa razón, quitemos nuestra confianza de todas las criaturas y la pongamos solamente en Ti [4].

[1] Sal. 104:27–28; 145:15–16; Mat. 6:25–26. [2] Hch. 14: 17; 17:27–28. [3] 1 Cor. 15:58; Deut. 8:3; Sal. 37:3–7, 16–17. [4] Sal. 55:22; 62:10; Sal. 127:1–2; Jer. 17:5, 7; Sal. 146:2–3.

DÍA DEL SEÑOR 51

126. ¿Cuál es la quinta petición?

«Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores», es decir, dignate, por amor a la sangre de Cristo, no imputarnos a nosotros miserables pecadores, nuestras muchas transgresiones, ni el mal que siempre está arraigado en nosotros [1]; así como también nosotros encontramos este testimonio de Tu gracia en nosotros: que es nuestra sincera intención perdonar de todo corazón a nuestro prójimo [2].

[1] Sal. 51:1–4; 143:2; 1 Jn. 2:1–2. [2] Mat. 6:14–15; Sal. 51:5–7; Ef. 1:7.

DÍA DEL SEÑOR 52

127. ¿Cuál es la sexta petición?

«Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal», es decir, puesto que somos tan débiles en nosotros mismos que no podemos subsistir ni un solo momento [1], y además de que nuestros enemigos mortales como el diablo [2], el mundo [3] y nuestra propia carne [4], nos atacan sin cesar, dignate preservarnos y fortalecernos por el poder de Tu Santo Espíritu, para que podamos estar firmes en contra de ellos y no ser derrotados en esta guerra espiritual [5], hasta que finalmente logremos la victoria completa [6].

[1] Jn. 15:5; Sal. 103:14–16. [2] 1 Ped. 5:8–9; Ef. 6:12–13. [3] Jn. 15:19. [4] Rom. 7:23; Gál. 5:17. [5] Mat. 26:41; Mrc. 13:33. [6] 1 Tes. 3:13; 5:23–24; 2 Cor. 12:7.

128. ¿Cómo terminas esta oración?

«Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos», es decir, todo esto Te pedimos, porque como nuestro Rey que tiene poder sobre todas las cosas, quieres y puedes darnos todo bien [1]; y para que por ello no nosotros, sino Tu santo Nombre sea glorificado para siempre [2].

[1] Rom. 10:11–12; 2 Ped. 2:9. [2] Jn. 14:13; Sal. 115:1.

129. ¿Qué quiere decir la palabra «Amén»?

«Amén» quiere decir: esto es verdadero y cierto. Porque mi oración es mucho más ciertamente escuchada por Dios que lo que yo siento en mi corazón que he deseado estas cosas de Él [1].

[1] 2 Cor. 1:20; 2 Tim. 2:13; Sal. 145:18–19.

«Y a Aquel que es poderoso Para hacer todas las cosas Mucho más abundantemente De lo que pedimos o entendemos, Según el poder que actúa en nosotros, A Él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús Por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén».

Efesios 3:20-21